

Reflexiones sobre los procesos de configuración de la subjetividad en la sociedad contemporánea desde los aportes del enfoque histórico-cultural*

Reflections on the configuration processes of subjectivity in contemporary society from the contributions of the historical-cultural approach

*Olena Klimenko***

Recibido abril 25, aprobado mayo 27 de 2011

Resumen

La sociedad contemporánea constituye una sociedad atravesada por las necesidades del mercado globalizado donde se evidencia la crisis existencial vivida por muchas personas privadas de un sentido de vida que va más allá del solo “tener”. En este panorama el enfoque histórico-cultural ofrece una mirada importante que permite acercarse a los procesos de configuración de la subjetividad individual y social indagando por los sentidos personales que emergen dentro del proceso de participación individual en las actividades socialmente compartidas y significadas según la jerarquía de valores sociales.

Desde esta postura, el fomento de las prácticas sociales sustentadas en un ejercicio de la reflexividad y de toma de consciencia al respecto de los significados sociales actuales y la valoración de su aporte para el papel evolutivo o involutivo para el ser humano, permiten favorecer la búsqueda de un camino mejor en los procesos de configuración de la subjetividad social e individual en la sociedad contemporánea.

Palabras clave: subjetividad individual y social, enfoque histórico-cultural, sentidos personales, psicología social.

* Ponencia presentada en el marco del Seminario “Masas, medios e identidades en tiempos de globalización”, Institución Universitaria de Envigado, 2010.

** MSc. Ciencias sociales; C. Phd. Educación; Psicóloga, Universidad de Antioquia. Docente coordinadora del Grupo de investigación Educación y Desarrollo, Universidad Cooperativa de Colombia; Docente investigadora del grupo Placersa, Institución Universitaria de Envigado.

Abstract

Contemporary society crossed by the needs of the global market, where reigns the imperative of consumption, supported by the ideal of personal success at the expense of social inequality. It can be seen the existential crisis experienced by many people that can't be filled with material objects. The historical-cultural approach offers important insights to the processes of configuration of individual and social subjectivity. The dialectic conception of human subjectivity allows understanding that the process of building of the individual subjectivity represents a complex process of a dialectical relationship between the individuals and their social life situation. From this position, the promotion of social practices where the people can exercise the reflexivity and awareness about the social meanings, allow to psychology to contribute to finding a better way for the configuration of processes of social and individual subjectivity in contemporary society.

Key words: individual and social subjectivity, cultural-historical approach, personal meaning, social psychology.

Los modos materiales de existencia se transforman en ideas en el cerebro de los hombres.

Karl Marx

La condición del sujeto individual es definible sólo dentro del tejido social en que el hombre vive.

Fernando Gonzales Rey

1. Algunos conceptos del enfoque histórico-cultural

El enfoque teórico que ha recibido el nombre de histórico-cultural surgió en una época y un ambiente social muy particular y controversial. Fue un período que, a pesar de las dificultades económicas y excesos políticos, estaba impregnado de un espíritu de construcción colectivo de una sociedad que anhelaba alcanzar mejores condiciones de vida para todos.

Este enfoque refleja la manera particular de concebir al ser humano característico para esta época y, a pesar de casi un siglo que nos separa desde su concepción, sigue llamando la atención de psicólogos,

educadores y todos aquellos que se dedican a pensar la relación entre el individuo y la sociedad.

El extenso cuerpo conceptual de esta orientación teórica está soportado en tres principios fundamentales que permiten acercarse al problema de la subjetividad en la sociedad contemporánea, atravesada por imperantes necesidades del crecimiento económico globalizado.

El primer principio dirige la atención a la naturaleza social del desarrollo psíquico del hombre. El enfoque histórico-cultural plantea que las funciones psíquicas del ser humano son intrínsecamente culturales. Todas las funciones psíquicas superiores inicialmente aparecen en la escena de su existencia en el plano externo al sujeto, en la dimensión interpersonal, como una relación con otras personas que hacen parte de la situación social del desarrollo del individuo, y sólo posteriormente, a partir de la participación en una actividad conjunta orientada por ciertos motivos y objetivos, se convierten en funciones internas, que determinan la estructura de la consciencia del individuo.

Según este enfoque teórico, la esencia de la estructuración psíquica humana es fundamentalmente social. La naturaleza biológica de nuestro cerebro, representada por las funciones psíquicas inferiores, proporciona al ser humano la base para su funcionamiento psíquico. Pero lo que hace al ser humano como tal son sus funciones psíquicas superiores, funciones que determinan los alcances de su desarrollo psíquico y permiten al ser humano convertirse en el dueño de su psiquis, extendiendo los límites actuales de su desempeño por el camino de un creciente autocontrol y autodomínio.

La cultura, en este aspecto, es lo que determina los alcances del desarrollo de las funciones psíquicas del ser humano. La cultura actúa como el techo para la zona del desarrollo próximo individual, frenando o jalonando los procesos del desarrollo psíquico.

El segundo principio es el carácter activo de la psiquis humana. Este principio significa que la psiquis se entiende como una forma de la

actividad vital del sujeto, que asegura la solución de determinadas tareas en el proceso de su interacción con el mundo. La psiquis no es simplemente el cuadro del mundo, el sistema de imágenes, sino la actividad, el sistema de acciones y operaciones unidas por un motivo y un objetivo.

El tercer principio se trata de la unidad de la psiquis y de la actividad práctica externa. Desde los primeros trabajos de L.S. Vigotsky, el principio de la unidad de la psiquis y de la actividad se convierte en un principio rector para el enfoque histórico-cultural. Se considera que en la base del desarrollo de la conciencia del hombre se encuentra el desarrollo de sus actividades prácticas. La mediatización como particularidad de la actividad práctica de los hombres conduce a los correspondientes cambios en la psiquis; ésta también se vuelve mediatizada. La utilización de los instrumentos-signos ofrece al hombre la posibilidad de dominar su conducta, dirigir sus procesos psíquicos que, de inferiores, naturales, no mediatizados y arbitrarios, se convierten en superiores, sociales, mediatizados y voluntarios.

Desde este punto de vista, lo psíquico, concebido como una actividad, y la actividad externa del organismo, no son dos cosas distintas, sino dos formas de un todo único, que es la actividad vital. Estas dos formas están unidas entre sí mediante transiciones y transformaciones mutuas.

El concepto de la actividad¹ es entendido en la psicología soviética como un sistema dinámico de interrelaciones del individuo con el mundo, que originan tanto procesos de generación, funcionamiento y estructuración de los procesos psicológicos individuales del ser humano, como también los procesos de objetivación y creación cultural que, de esta manera, permiten una perspectiva del desarrollo histórico de la psiquis humana.

1 Entre posteriores desarrollos teóricos derivados de los postulados iniciales de L.S.Vigotsky se encuentra la teoría de la actividad de A. Leontiev como componente principal del corpus conceptual de la psicología soviética. La teoría de la actividad se constituye en una forma de profundización de la teoría histórico-cultural como marco conceptual general, orientando su interés particular a la estructura de la psiquis.

El concepto de la actividad adquirió relevancia para los desarrollos teóricos del enfoque histórico-cultural a partir de los planteamientos de A. Leontiev (1978) quien considera que la psiquis humana se forma dentro de la propia actividad vital del organismo que surge y se desarrolla como resultado de las condiciones de vida.

El concepto de la unidad de la psiquis y de la actividad externa reside en que estos dos constructos tienen una estructura idéntica. Refiriéndose a este aspecto Leontiev (1978) afirma que la actividad psíquica, interna, representa una actividad material externa transformada (Leontiev, 1978). Siguiendo a Vigotsky, subraya que es necesario “ver en la primera el fruto, la copia de la segunda: su estructura y sus leyes” (Leontiev, 1947, p. 97) (Klimenko, 2010).

El enfoque histórico-cultural plantea que las particularidades de la actividad externa y práctica determinan el carácter específico de la psiquis humana, cuya estructuración emerge por analogía con la estructura de las prácticas de la actividad exterior². Todas las funciones psíquicas superiores y mediatizadas surgen al principio en el proceso de la actividad exterior conjunta y compartida entre distintos seres humanos, en el que el lenguaje y otros instrumentos–signos intervienen como sus elementos (Klimenko, 2010).

Para dominar su conducta, dirigir su psiquis, el hombre se apoya al principio en los objetos exteriores y sólo después, sobre la base de la mediatización exterior, adquiere la capacidad de hacerlo mentalmente, al apoyarse en las ideas internas que son ahora elementos de la actividad psíquica (Klimenko, 2010). En correspondencia, con esta tesis la actividad psíquica se forma no simplemente *en* el proceso de la actividad práctica, sino *de* la actividad práctica. De acuerdo con esta posición se hace evidente que el problema de la manifestación de los procesos psíquicos se convierte en el problema de cómo estos son originados por aquellos vínculos sociales que el hombre establece con el mundo.

2 Como actividad exterior se entiende las actividades sociales que lleva a cabo el individuo: laboral, profesional, de estudio, etc.

En este punto es imprescindible hacer énfasis en otra vertiente de la teoría de la actividad, respaldada por la concepción de la naturaleza humana desde la teoría histórico-cultural, y es la estrecha relación de las características de la actividad o actividades realizadas por el hombre con la formación de su personalidad como un todo. La actividad es considerada como la base para la formación de la consciencia y de la personalidad del hombre. Los objetivos, los motivos, los objetos concretos a los cuales está dirigida, los modos de su realización, todo esto determina la formación de la organización jerárquica de los motivos vitales del ser humano. Esta postura del enfoque histórico-cultural hace eco con la afirmación de Marx cuando decía que “la esencia del ser humano no es un constructo abstracto perteneciente a un individuo aislado, sino la suma de todas las relaciones sociales” (Marx y Engels, cit. Petrovsky y Yaroshevsky, *edit.*, 1990, p. 79).

2. El concepto de la personalidad como elemento central en la aproximación a la subjetividad individual

El concepto de la personalidad en el enfoque histórico-cultural se concibe como un constructo psíquico particular que caracteriza a un individuo como sujeto de relaciones sociales y de la actividad consciente (Petrovsky y Yaroshevsky, *edit.*, 1990).

Según este enfoque, la personalidad como cualidad sistémica individual está determinada por la inclusión en las relaciones sociales, y particularmente por la inmersión en el proceso de la actividad social conjunta y comunicación. La personalidad emerge como una “forma de organización de la subjetividad individual” (Gonzales, 2002, p. 179).

El ser humano, en cuanto a personalidad, está caracterizado por el sistema de relaciones sociales donde actúa como sujeto. En el proceso de relación con la realidad, la personalidad se revela como una totalidad donde el pensamiento está unido al sentimiento.

El enfoque histórico-cultural concibe a la personalidad como resultado de una relación dialéctica entre el individuo y su situación social de vida

y desarrollo. Por ejemplo, las características innatas, biológicas del ser humano, como apariencia física, ciertas cualidades o dificultades del funcionamiento cognitivo, etc., tienen una base biológica pero su efecto en la personalidad está determinado por las condiciones sociales en las cuales está sumergido el individuo.

Para Rubinstein, citado por Petrovsky y Yaroshevsky (1990), la personalidad representa un elemento mediador por el medio del cual las influencias externas se relacionan con su efecto en la psiquis del individuo. Emergencia de la personalidad como una cualidad sistémica está determinada por el hecho de que el individuo durante su actividad conjunta compartida con los demás individuos cambia su realidad exterior y mediante esta actividad se transforma a sí mismo, convirtiéndose en una personalidad (Leontiev, 1978).

El enfoque histórico-cultural considera que la personalidad se caracteriza por la intención del sujeto a salirse de sus límites, ampliar la esfera de sus actividades, actuar fuera de las fronteras impuestas por necesidades y normas de actuación de una situación concreta (motivación de logro, superación, nivel de aspiraciones, riesgo, entre otros).

La personalidad se identifica por su orientación vital que está configurada por un predominante y estable sistema de motivos, intereses, convicciones, ideales, gustos, etc., en los cuales se reflejan sus necesidades vitales. Estos sistemas reciben nombre de profundas estructuras de sentido o “sistemas dinámicos de sentido”, como los nombraba L.S. Vigotsky (1934), citado por Petrovsky y Yaroshevsky (1990).

Estos sistemas determinan tanto el contenido del mundo subjetivo de la persona como su comportamiento, expresándose en la filosofía de vida de la persona (Petrovsky y Yaroshevsky, *edit.*, 1990). En términos subjetivos, la personalidad aparece para el individuo como ego, o ego-concepto, un sistema de representaciones sobre sí mismo, que es construida por él durante el proceso de actividad y comunicación social, y que se revela, a su vez, en su autovaloración, autorrespeto, nivel de aspiraciones, etc.

Como se puede observar, para el enfoque histórico-cultural el concepto de la personalidad y particularmente las características de sus profundas estructuras de sentidos personales, representa el camino para entender las vicisitudes de la subjetividad individual. Sin embargo, de acuerdo con los principios de este enfoque (naturaleza activa, social y mediatizada de la psiquis), no es posible entender lo individual de forma separada de lo social, en este caso, de la situación social del desarrollo del individuo, representada por las actividades y prácticas sociales y relaciones interpersonales.

3. Aproximación dialéctica al proceso de la construcción de la subjetividad individual

El concepto de la situación social del desarrollo fue introducido por Vigotsky para superar la concepción sobre las condiciones externas del desarrollo como elementos de determinación mecánica de la formación de la personalidad. La situación social del desarrollo representa el aspecto histórico-cultural de la actividad vital del ser humano dentro de la sociedad. Este concepto se ha utilizado más en relación con las condiciones del desarrollo del niño; sin embargo, si se parte del principio dialéctico de un constante cambio y desarrollo del ser humano a lo largo del ciclo vital, es necesario hablar de la situación social del desarrollo de la personalidad individual durante toda la vida.

La situación social del desarrollo, según Vigostky (1987), representa un sistema de relaciones del sujeto con la realidad social reflejada en sus sentidos personales y materializada por la actividad conjunta compartida con los demás miembros de la sociedad.

En este aspecto, en la situación social se pueden distinguir tres aspectos relevantes para la aproximación a los procesos de formación de la subjetividad individual. El primero es la dimensión de la subjetividad individual característica para cada individuo particular; el segundo es la dimensión de la subjetividad social que caracteriza precisamente los espacios sociales con los cuales interactúa el individuo y, por último,

el aspecto relacional, caracterizado por el sistema de relaciones que establece el individuo con la realidad social.

El concepto de la subjetividad social fue introducido por Gonzales Rey (2002) y definido como:

el resultado de procesos de significación y sentido que caracterizan todos los escenarios de constitución de la vida social y que delimitan y sostienen los espacios sociales en que viven los individuos, a través de la propia perpetuación de los significados y sentidos que los caracterizan dentro de los sistemas de relaciones en que actúan y se desenvuelven (p. 181).

En el grafico No. 1 se presenta un esquema que representa la estructura de la situación social del desarrollo compuesta por sus dos dimensiones constitutivas, unidas por una relación dialéctica, cuyo resultado particular es reflejado, por un lado, en la emergencia de las características específicas de la subjetividad individual, representado por las estructuras dinámicas de sentidos personales y, por el otro, en



Grafico 1. Configuración de la situación social del desarrollo

Fuente: Autor

los procesos de reestructuración y resignificación de los contenidos de la subjetividad social según sus contextos particulares.

Según la postura dialéctica frente a los fenómenos y manifestaciones, tanto individuales como sociales, característica para el enfoque histórico-cultural, es posible esbozar una aproximación dialéctica al proceso de la construcción de la subjetividad personal con el fin de visualizar el papel que desempeña lo social en dicha construcción.

En este orden de ideas, la clave de la configuración de la situación social del desarrollo consiste no sólo en la presencia de las dos dimensiones de la subjetividad, sino, precisamente, en una relación dialéctica que se establece entre éstas. Es, justamente, debido al efecto de esta relación que se produce el desarrollo de ambas dimensiones constituyentes. Para comprender las características específicas de esta relación dialéctica es necesario profundizar un poco en las definiciones referentes a las leyes de la dialéctica que rigen esta relación.

La primera ley de la dialéctica versa sobre un constante cambio al cual están sometidas las cosas: nada permanece inmóvil, nada es estático, todas las cosas, hasta las más inmóviles, aparentemente, se encuentran en un proceso de cambio y progreso: “nada se queda donde está, nada permanece como es” (Poltzer, 1979, p. 133). Estudiar las cosas desde el punto de vista dialéctico, significa abordarlas desde la concepción del movimiento, de su pasado, presente y del porvenir que les espera. En este caso, ambas dimensiones de la subjetividad, tanto individual como social, no pueden entenderse como fijas y constituidas rígidamente, sino como espacios de significación que pueden y deben cambiar para dar cabida a la evolución. Un constante cambio y movimiento de sentidos y significados, tanto personales como autorizados y dogmatizados socialmente, representa una premisa necesaria para el desarrollo de ambas.

La segunda ley de la dialéctica: la ley de la acción recíproca, se refiere al encadenamiento de los procesos, que todo influye sobre todo: el

desarrollo es un proceso de evolución en el espiral con una trayectoria progresiva (Poltzer, 1979).

Esta ley orienta la comprensión de la relación entre la subjetividad individual y la subjetividad social como dos elementos que, aunque constituyen espacios diferentes, se encuentran en una constante y estrecha relación mutua, relación que determina tanto el surgimiento como el desarrollo de ambas. De alguna manera, estas dos dimensiones representan dos formas de manifestación de un solo proceso. En este orden de ideas, la subjetividad individual emerge dentro de la dimensión de la subjetividad social:

La subjetividad individual se produce en espacios sociales constituidos históricamente; por tanto, en la génesis de toda subjetividad individual están los espacios constituidos de una determinada subjetividad social que anteceden a la organización del sujeto psicológico concreto, quien aparece en su ontogenia como un momento de un escenario social constituido en el curso de su propia historia (Gonzales, 2002, p. 180-181).

Al mismo tiempo, la subjetividad individual o, más bien, sistemas de subjetividades individuales, permiten construir y reconstruir, a su vez, la dimensión de la subjetividad social, afectándola con sus desarrollos particulares: “El sujeto en su procesualidad reflexiva interviene como momento constituyente de sí mismo y de los espacios sociales en los que actúa, desde los cuales puede afectar otros espacios sociales” (Gonzales, 2002, p. 207).

La tercera ley de la dialéctica: la ley de la contradicción, explica cuáles son los mecanismos internos de este proceso de autodinamismo, según el cual se realiza el progreso y cambio (Poltzer, 1979). Es la ley del movimiento dialéctico que surge de la tensión y de una relación específica entre los contrarios. Tanto desde el nivel micro, al interior de una cosa o un proceso, como en el nivel macro, en la relación entre las cosas o distintos fenómenos o procesos, existen fuerzas opuestas, antagonismos que, mediante una interacción recíproca, producen

el movimiento dialéctico y el desarrollo. Una de las formas de esta interacción es la unión y la lucha de los contrarios.

En este caso la dimensión de la subjetividad individual y la dimensión de la subjetividad social pueden ser consideradas como un par de contrarios que establecen entre sí una relación dialéctica que permite el desarrollo de ambas, mediante los pasos consecutivos, desde épocas de estabilidad hacia las crisis de la subjetividad individual y social y viceversa.

En la relación dialéctica entre la subjetividad individual y social existen períodos de unión, representadas por un desarrollo paulatino de la subjetividad individual mediante su inserción en el espacio de la subjetividad social. Para que este desarrollo pueda acontecer es necesario que la dimensión de subjetividad social contenga elementos simbólicos de significación —además de ideales sociales, orientaciones de la filosofía social, entre otros— de un nivel amplio y elevado, que se conviertan en puntos de referencia para los sentidos personales del individuo.

La dimensión de la subjetividad social, que determina las particularidades de la existencia social del individuo, le permite desarrollar nuevas características de su personalidad, nuevos sentidos y significaciones personales que, a su vez, llevan a la transformación de los sistemas dinámicos de sentidos subjetivos, cambiando su relación con la vida, con el otro y consigo mismo.

A su vez, la emergencia de estas nuevas formaciones en el espacio de la subjetividad individual produce una contradicción con los contenidos de la subjetividad social dada anteriormente e implica su cambio, su elevación a un nivel cualitativamente superior, con el fin de que el desarrollo puede seguir produciéndose. Entonces, los tiempos de unión entre la subjetividad individual y social son sucedidos por tiempos de crisis, que representan la contradicción en la relación entre ambas.

La crisis es el síntoma del estancamiento de la necesidad del desarrollo, el síntoma que revela que la dimensión social, en el cual está inmerso el

individuo, deja de cumplir su función desarrolladora y empieza a actuar como limitante para la subjetividad individual. En estos momentos críticos de la relación dialéctica entre la subjetividad individual y social, el papel protagónico ocupa la subjetividad individual, que mediante su intervención en los espacios de la subjetividad social produce cambios y transformaciones de ésta mediante la creación de nuevos significados sociales, nuevas actividades y prácticas sociales y formas de comunicación.

El sujeto, a través de la actividad mediadora, en interacción con su contexto sociocultural y participando con los otros en prácticas socioculturalmente constituidas, reconstruye el mundo sociocultural en que vive, produciendo al mismo tiempo su desarrollo cultural en el que se constituyen progresivamente las funciones psicológicas superiores y la consciencia (Hernández, 1998, p. 220).

La relación dialéctica, mediante la lucha y unión de los contrarios, representa precisamente la función productora de sentidos que cumple el sujeto: cuando la fase de la unión, en la que lo social permite al sujeto crecer y construir sus sistemas de sentidos es sucedida por la fase de contradicción (crisis), en la que el sujeto supera las fronteras restrictivas de los sentidos sociales y construye sus propios sentidos personales que les permiten crecer más allá del perímetro de significaciones condicionantes de la filosofía social actual, emerge el asunto del cuestionamiento de los significados sociales. Como resultado de este proceso, surge la confrontación con lo social que puede, a su vez, reflejarse en diferentes prácticas sociales.

La relación dialéctica permite el desarrollo de ambas dimensiones, mediante los pasos consecutivos desde épocas de estabilidad hacia las crisis cuya superación permite extender los horizontes del desarrollo de la subjetividad individual, a través de la elevación del tope de la subjetividad social que, a su vez, actúa como estímulo para la zona del desarrollo próximo para la subjetividad individual.

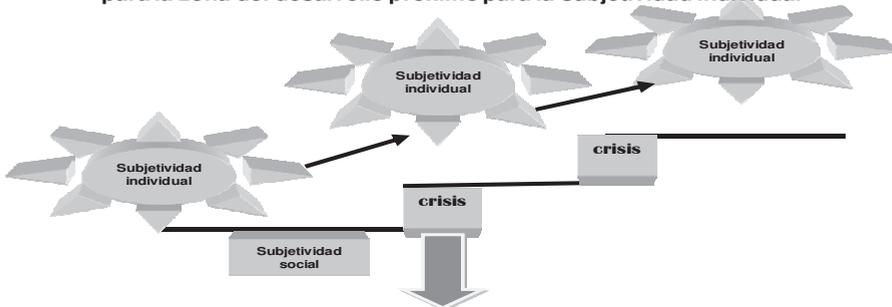
Para que se dé este proceso de evolución y transformación de la subjetividad individual, es indispensable la presencia del elemento de reflexividad y toma de consciencia por parte del sujeto, con respecto de sus sentidos personales, ideales y valores, como también de la jerarquía de estos.

El sujeto es la expresión de la reflexividad, de la consciencia crítica. No hay proyecto social progresista, de cambio, sin la aparición de sujetos críticos que ejercen su pensamiento y, a partir de la confrontación, generen nuevos sentidos que contribuyan a producir modificaciones en los espacios de la subjetividad social dentro de los cuales actúan (Gonzales, 2002, p. 206).

Esta ley en particular, permite entender el grado de entrelazamiento de ambas dimensiones de la subjetividad, como si se tratara de dos lados de una misma moneda, que al mirar un lado, el otro queda oculto, pero permanece implícito dentro de la naturaleza intrínseca de éste.

Definición dialéctica: la condición del sujeto individual es definible sólo dentro del tejido social en que el hombre vive, en el que los procesos de subjetividad individual son un momento de la subjetividad social, momentos que se constituyen de forma recíproca sin que uno se diluya en el otro y que tienen que ser comprendidos en su dimensión procesual permanente (Gonzales, 2002, p. 181).

Relación dialéctica permite el desarrollo de ambas dimensiones mediante los pasos consecutivos desde épocas de estabilidad hacia las crisis cuya superación permite extender los horizontes del desarrollo de la subjetividad individual mediante elevación del tope de la subjetividad social que actúa como estímulo para la zona del desarrollo próximo para la subjetividad individual



PAPEL PROTAGÓNICO DEL SUJETO EN CAMBIOS SOCIALES

Gráfico 2. Relación dialéctica entre la dimensión de la subjetividad individual y social. Fuente: Autor

La cuarta ley dialéctica, que versa sobre el efecto de la transformación de la cantidad en la calidad (Politzer, 1979, p. 171), enseña que los cambios cualitativos que, generalmente, son cambios manifiestos, visibles en la naturaleza de las cosas, no se producen espontáneamente, sino que son generados por una serie de cambios ocultos o cuantitativos, los cuales, al llegar a un nivel determinado o tope cuantitativo, dan lugar a la manifestación de una nueva cualidad.

Esta ley dirige nuestra mirada al aspecto operativo de producción de cambios en los sistemas de sentidos personales que, a su vez, contribuyen a las transformaciones de significados y normas sociales. En este orden de ideas, es necesario dirigir la mirada a los sistemas de actividades vitales socialmente compartidas, en los cuales está incluido el sujeto y, sobre todo, los significados sociales que median estas actividades.

El sistema de actividades vitales, mediante los cuales el ser humano se relaciona con el mundo, está condicionado socialmente y se relaciona con los significados, valores y normas sociales. A su vez, la dimensión subjetiva de la actividad vital de un sujeto está determinada por los sentidos personales y la jerarquía de motivos y valores personales.

Los espacios de la subjetividad social, materializados mediante ciertas actividades y prácticas sociales legitimadas, actúan como productores de sentidos personales, por lo que “los procesos de subjetivación individual están siempre articulados con sistemas de relaciones sociales” (Gonzales, 2002, p. 181). A este respecto, el mismo autor define que:

Lo social actúa como elemento productor de sentido a través del lugar del sujeto en sus sistemas de relaciones y de la historia propia de ese sujeto, que tampoco representa una estructura interna pasiva definitoria de sus comportamientos actuales, sino una configuración generadora de sentidos que no puede aislarse de aquellos producidos en el curso de la experiencia del sujeto (2002, 197).

La concepción dialéctica de la subjetividad humana permite entender que el proceso de la construcción de la subjetividad individual

representa un complejo proceso de una relación dialéctica entre el individuo y su situación social de vida, en la que ambos participantes de la relación son igualitarios, ambos son productores y productos a la vez: el individuo no es independiente de lo social, ni lo social es un determinante absoluto del proceso de la construcción de la subjetividad individual.

Si los sentidos personales emergen dentro del proceso de participación individual en las actividades socialmente compartidas y significadas, según la jerarquía de valores sociales³, el camino para el cambio y generación de nuevos sentidos constituyentes del espacio de la subjetividad individual está en la inclusión del individuo en las prácticas sociales alternativas, en las que se establece su particular relación con los sentidos sociales predominantes. Son prácticas sociales que hacen posible el ejercicio de la reflexividad y de toma de consciencia de las significaciones sociales actuales y, sobre todo, la valoración del papel evolutivo o involutivo que ejercen estos en el desarrollo de la subjetividad individual de cada uno.

De acuerdo con Gonzales Rey, “el ejercicio de la consciencia por el sujeto es en sí mismo, un proceso de subjetivación” (2002, p. 199). En este sentido, la generación de espacios de actividad social, que fomentan los procesos de concientización individual y valoración crítica de los estados actuales de la subjetividad social, permite generar procesos de subjetivación que apuntan a la superación del estado de alienación y abren paso a los procesos de individuación en los sujetos.

La condición del sujeto es esencial en el proceso de la ruptura de los límites inmediatos que el contexto social parece imponer, y es responsable por los espacios desde los cuales la persona va modificando estos límites, y generando nuevas opciones dentro de la trama social en que actúa, con lo cual es parte de los cambios de esa trama social (Gonzales, 2002, p. 209).

3 La estructura de la consciencia individual está determinada por la estructura de la actividad conjunta compartida social (Petrovsky & Yaroshevsky, *edit.*, 1990).

Mediante la creación de estos espacios de reflexión y concientización es posible generar cambios paulatinos al nivel cuantitativo en el sistema de sentidos personales, cambios que, a su vez —alcanzado su nivel determinado— producirán momentos críticos en la relación dialéctica entre la subjetividad individual y social, movimiento que permite la modificación de opciones de significados sociales que ya no actúan como propulsores del desarrollo de la subjetividad individual, al igual que reevaluar los significados que, aunque pueden generar este desarrollo, lo desvían del camino del bienestar, e imponen valores personales que esclavizan y enajenan al ser humano. De esto da cuenta Gonzales Rey al comentar que:

...un sujeto implicado de forma constante en la procesualidad de sus prácticas, de sus reflexiones y de sus sentidos subjetivos (...) representa un momento de contradicción y confrontación no sólo con lo social, sino con su propia constitución subjetiva, lo que representa un momento generador de sentido de sus prácticas (2002, p. 212).

4. Una sociedad de consumo

La concepción de la estructura subjetiva individual como interdependiente de la actividad mediadora social, en la cual está implicado el individuo lleva a preguntarse por las características de esta actividad. En este contexto, la comprensión de las problemáticas que emergen en el escenario de la subjetividad de cada individuo implica la comprensión de su lugar en el sistema social y su particular relación con el contexto de los significados sociales.

Para comprender los destinos de la subjetividad contemporánea es necesario dirigir la mirada a las características específicas que porta esta actividad en la sociedad actual.

En este sentido la sociedad contemporánea constituye una sociedad atravesada por las necesidades del mercado globalizado. El proceso de globalización económica, tecnológica y cultural empezó su expansión en la mitad de siglo XX y recibió su mayor impulso con la caída de

los países del bloque socialista. Este fenómeno, cuyo eje principal son procesos económicos abanderados por un crecimiento acelerado e ilimitado de empresas multinacionales, —que se ha propiciado por la libre circulación de capitales en el ámbito mundial— se orienta a la creación de una economía de mercado global, donde los intereses económicos de los poseedores del capital no cuentan con los intereses de sectores menos favorecidos. La meta de un crecimiento económico desaforado produjo una implantación definitiva de la sociedad de consumo, que resalta al máximo principios de competitividad e individualismo extremos.

El proceso de la globalización económica constituye un asunto bastante controversial en muchos aspectos. El hecho de que una sociedad representa en sí misma un organismo vivo de gran complejidad (Capra, 2003), hace que todos los procesos constituyan una gran red de interconexiones e interrelaciones, que conectan o transmiten cambios entre sí y, por tanto, afectan el funcionamiento del organismo en su totalidad.

En este orden de ideas, no es posible separar en una sociedad determinada su modo de producción económica de la filosofía de la sociedad, de las alineaciones, mensajes o propaganda ofrecidos por los medios de la comunicación, de los objetivos de la educación, y de las metas y aspiraciones personales de sus integrantes. Todos estos asuntos —y muchos otros— muestran conexiones, tanto evidentes como ocultas, que permiten señalar los contenidos de la subjetividad social y su relación con los procesos de subjetivación en el ámbito individual.

El proceso de la globalización económica genera múltiples efectos en aspectos sociales y subjetivos que no pueden ser ajenos a los asuntos de una psicología que pretende generar un aporte real a la sociedad. Es así como, algunos autores, como Lipovetsky (2003), afirman que “lo social está siendo organizado por lo comercial y por el mundo de los negocios” (cit. Araya, 2003, p. 76). Este hecho no es nuevo, las condiciones de producción económica han determinado las estructuras sociales durante toda la existencia de la humanidad. Lo específico de

la sociedad orientada por las necesidades del mercado global consiste en el hecho de que la tradicional relación entre el “*ser*” y el “*tener*” en la existencia del ser humano, llega a un punto exageradamente absurdo en cuanto al mandato imperativo de la tenencia y/o la posesión.

De hecho, el “*tener*” es una condición intrínseca para la existencia humana: tenemos cuerpo, porque lo habitamos, tenemos ropas porque necesitamos cubrir el cuerpo, tenemos casa porque necesitamos un lugar donde vivir, etc. La tenencia está relacionada con la satisfacción de las necesidades básicas. Los objetos materiales hacen parte de la vida y permiten hacerla más sana, cómoda y, ¿por qué no?, más feliz. El dilema, realmente, no es tener o no tener, puesto que esta acción hace parte de la vida. Sin embargo, no podemos subestimar el peligro del “poder del *tener*”.

Mientras la tenencia en la vida y en la estructura subjetiva de sentidos y valores del ser humano está supeditado a los sentidos u orientaciones del *ser*; no hay problema. Pero, cuando el “*tener*” se transforma en “*obtener*”, cuya meta no es sólo procurar lo necesario para poder ser o vivir, sino la de obtener sólo por el hecho de tener, el *ser* se esclaviza y se enajena.

En este sentido se puede observar la supremacía en la sociedad contemporánea del imperativo de “*obtener*”, por encima de cualquier limitación, y a costa de cualquier sacrificio, que invierte la subjetividad social en la sociedad de consumo, según la consigna: *consume y serás feliz*.

Es lógico que las necesidades del mercado global, basados en la meta de un crecimiento económico desaforado, se anclan en la necesidad socialmente avalada de consumir. A su vez, la necesidad de consumo es exaltada por la creación de “deseos de sobreabundancia, de distinción, triunfo, éxito y elegancia para provocar comprar” (Araya, 2003, p. 69).

En los espacios de la subjetividad social imperan las imágenes, fabricadas por los medios de la comunicación, como lo define Araya:

[...] rostros, cuerpos, vestidos, movimientos, poses, pensamientos y sensibilidades de las personas con *glamour*, quienes responden más al perfil de los sujetos idealizados como ricos de la modernidad. Son [...] elegantes, exóticos, distinguidos, despreocupados y triunfadores. Se mueven con toda propiedad y naturalidad en el espacio del *Mall* comercial, como en una pasarela (2003, p. 61).

A estas imágenes de ciudadanos modernos, la vida da “puntos extra” porque pertenecen al club de los establecimientos comerciales; es decir, al de los felices y exitosos. *¡Te vas a llenar de puntos!* - pregonan los establecimientos comerciales.

Los medios de comunicación proporcionan por doquier una versión de la realidad centrada en la idea del éxito individual a costa de desigualdad social, así como en la creencia de que dicho éxito se obtiene a través del consumo. Igualmente, “la ilusión de que se puede obtener todo lo que se desea porque el mercado, apoyado por los bancos públicos y privados, promueve préstamos con facilidad, empuja a una peligrosa cultura del endeudamiento” (Araya, 2008, p. 70).

La fantasía del progreso y de la superación económica legitiman socialmente los valores de individualismo exagerado, de competencia descarada y pérdida de valores esenciales de relación entre seres humanos. Esta invasión penetra en todos los espacios, hasta los espacios que han sido tradicionalmente de promoción de valores éticos y morales, como son los educativos.

Según Martin-Baro, la escuela mediante la exaltación de la competitividad, “enseña al alumno a considerar a los demás como rivales, a aspirar al triunfo propio como la única meta deseable, lo que implica la derrota del otro: quedar por encima” (Martín-Baro, 1998, p. 89). Igualmente, según el mismo autor, “los mitos del ‘hombre de existo’ y de la superioridad intelectual y hasta natural de ciertas clases sociales brotan lógicamente de la ‘formación escolar’” (1998, p. 89).

La misma situación de valorización objetivante del saber se observa en los ámbitos académicos de la educación superior, expresada por

una carrera agotante en la persecución de títulos. El “tener” aquí se expresa mediante la obtención de títulos que realmente no garantizan ni autorizan la presencia de un saber en sus poseedores.

Al mismo tiempo, la idea de la excelencia académica amparada en la obtención de títulos, producida por el mismo principio de consumo, lleva a un ejercicio de poder tergiversado, presente en las comunidades académicas y respaldado por la jerarquía de títulos.

La filosofía de la sociedad, atravesada por los imperativos del capital, crea nuevos espacios de exclusión e inclusión en el mundo del consumo: los perdedores y los ganadores, los triunfadores y los fracasados. De acuerdo con Araya, “se crea una nueva ciudadanía que excluye a quienes no pueden consumir” (2008, p. 71), y el ámbito académico no está ajeno a este hecho.

Observamos la misma filosofía de “puntos”, semejante a los centros comerciales, en los ámbitos académicos: “producir” es un imperativo que esclaviza y priva de sentido a la actividad de producción intelectual, cuando el tiempo del pensar contemplativo, el deseo y las disposiciones subjetivas son desplazados por los puntos obtenidos por publicaciones en revistas indexadas.

Los estándares de productividad y consumo, propiciados por la filosofía del progreso, producen efectos adversos en la subjetividad de los individuos, dinámica que genera rupturas y crisis en su relación con la subjetividad social. Estos efectos pueden ubicarse en un amplio *continuum*, desde un sinsabor producido por la desvalorización del saber de un individuo que no cuenta con un título oficial para avalar su saber frente a un grupo académico; que pasa por la sensación constante de un desasosiego y temor sin causas precisas y localizables, lo cual lleva al individuo a padecer una angustia existencial imprecisa, elusiva y modificable, difícil de identificar y situar con exactitud (Bauman, 2007); hasta una profunda enajenación consigo mismo y con sentido de vida de un individuo que es capaz de matar a toda su familia y suicidarse sólo porque sufrió una quiebra económica.

Aunque durante la historia de todas las sociedades siempre han existido conflictos en la relación entre la subjetividad individual y social, estas tensiones hacen parte del proceso constituyente de ambas. Como ha sido abordado en los desarrollos anteriores del enfoque histórico-cultural, es posible, sin embargo, afirmar que la subjetividad social y, por ende, individual viven una profunda crisis en las condiciones de la nueva modernidad de consumo:

Unos y otros —consumidores y no consumidores—, de forma brutalmente diferenciada y desigual, viven la presión de los imperativos de la nueva modernidad del consumo, así como por los valores de la competencia, el triunfo, la conquista, la distinción, la elegancia, la diversión y la instantaneidad (Araya, 2008, p. 75).

La alienación a los valores sociales de consumo, de competencia y de excelencia basados en los criterios de triunfo económico, producen un efecto de enajenación en la subjetividad individual. La exaltación del individualismo, la ilusión del progreso económico sin límites, la felicidad en la abundancia de objetos y lujos innecesarios, arrastran a los individuos hacia una burbuja de la felicidad consumista, desligada de la realidad, que se contrasta con una creciente pobreza mundial, destrucción irreversible del hábitat planetario, con absurdos excesos en el ejercicio del poder político y social, con explotación económica en todos los niveles; aspectos, que entre muchos otros, demuestran la poca funcionalidad de la organización económica y social del mundo contemporáneo.

5. La responsabilidad social del quehacer del psicólogo contemporáneo

Desde el punto de vista del enfoque histórico-cultural, que rescata el papel importante que cumple lo social en la construcción de la subjetividad individual, y que considera las problemáticas que acontecen en el espacio, tanto de la subjetividad social como individual, en la sociedad contemporánea, —atravesada por los imperativos consumistas— se hace evidente que la orientación sobresaliente de la labor del psicólogo actual es el campo de la intervención social.

Esta intervención debe partir del proceso de reflexividad subjetiva de un profesional en psicología, reflejada por la toma de conciencia sobre sus propios sentidos personales, la jerarquía de los motivos de sus actividades vitales y su grado de alienación a los significados sociales.

Sin embargo, no es suficiente emprender el proceso de reflexión y elaboración de una postura crítica frente a lo social, es necesario pasar a la acción, una acción social que convierte al psicólogo en un emprendedor social que, mediante la creación de nuevas prácticas que trascienden la esclavitud material producida por las necesidades del mercado global, posibilita fundar nuevos sentidos sociales, más dignos del ser humano y responsables con la sociedad y el planeta.

En esta tarea es que debe embarcarse la psicología social, si ella misma quiere escapar de los valores del mercado consumista, que superan la pauta de la producción de textos escritos de forma academicista y respaldados por el prestigio de los títulos, y que, antes bien, propenda por pasar a una acción socialmente comprometida, que busque caminos y formas de crear espacios de reflexión y toma de consciencia, así como instaurar nuevas prácticas sociales generadoras de sentidos y significaciones en la subjetividad individual, al igual que, de esta manera, plantee alternativas a los imperantes sentidos de la sociedad consumista.

Como afirma en su libro *Conexiones ocultas*, el físico cuántico Frijof Capra, en la sociedad contemporánea es urgente:

[...] alumbrar un camino profundo de valores y pensamiento: pasando de los sistemas lineales de extracción de recursos y acumulación de bienes y residuos a flujos cíclicos de materia y energía; de la atención al objeto y a los recursos naturales al interés por los servicios y los recursos humanos; de la búsqueda de la felicidad por medio de las posesiones materiales a su hallazgo en relaciones personales (2003, p. 335).



Referencias

- Araya, M del C. (2009). El miedo asecha y el consumo seduce. Dos caras del modelo psicológico dominante en tiempos de globalización. En: *Revista Universitas Humanística*, No. 67., pp. 55-79.
- Bauman, Z. (2007). *Miedo líquido. La sociedad contemporánea y sus temores*. Barcelona: Paidós.
- Capra, F. (2003). *Conexiones ocultas*. Barcelona: Anagrama.
- Gonzales, F. (2002). *Sujeto y subjetividad. Una aproximación histórico-cultural*. México: Editorial Thomson.
- Hernández, G. (1998). *Paradigmas en psicología de la educación*. México: Paidós.
- Martin-Baro, I. (1998). *Psicología de la liberación*. Madrid: Trotta.
- Leontiev, A.N. (1978). *Actividad, conciencia, personalidad*. Moscú: Universidad Estatal.
- (1947). *Ensayo del desarrollo de la psiquis*. Moscú: Academia Estatal.
- Klimenko, O. (2010). Aula-taller creativo como estrategia didáctica para la enseñanza de preescolar. En: *Revista Poesis*. No. 20. Funlam. Recuperado 21/07/2011. Disponible en: <http://www.funlam.edu.co/poesis/>
- Petrovsky, A., Yaroshevsky, M. (editores) (1990). *Psicología: diccionario*. Moscú: Editorial de la literatura política.
- Politzer, G. (1979). *Curso de filosofía. Principios elementales*. Buenos Aires: Fondo Editorial Suramérica.
- Vigotsky, L.S. (1987). *Formación de las funciones psíquicas superiores*. O.C, T. II. Madrid: Paidós.